

apretón de manos:

aunque los saludos y las despedidas en España entre mujeres suelen ser dos besos en las mejillas, esto no es así en las relaciones profesionales, donde tanto hombres como mujeres suelen estrecharse la mano.

de adelante: antes de realizar el trabajo; por adelantado.

Nos despedimos con un **apretón de manos**. En la otra tenía los 200 euros que me había dado **de adelante**.

Edi
numen II

Villa Olímpica: barrio de Barcelona construido especialmente con ocasión de los Juegos Olímpicos de 1992. Es la parte más moderna de la ciudad.

cerveza fría: en España, la cerveza se suele beber fría en cualquier época del año.

terrazas: lugar en el exterior que pertenece a un bar o una cafetería y en el que hay mesas para los clientes.

chulesco: forma despectiva (de «chulo») que significa «con aspecto presumido, insolente, desafiante, etc.».

entradas: parte sin pelo a ambos lados de la cabeza por encima de la frente.

portero automático: mecanismo para abrir la puerta de entrada de un edificio desde cada una de las viviendas particulares.

No quería preguntar aún en la empresa porque no estaba segura de la mujer. A lo mejor tenía demasiada imaginación. Así que aquella misma tarde empecé mis averiguaciones. Aparqué el coche cerca del lugar que me había dicho ella. Era la zona de la **Villa Olímpica** e, increíblemente, encontré un lugar libre para dejar el coche. Edificios nuevos y limpios, jardines cuidados, pocas tiendas y farolas de diseño a pocos metros del puerto deportivo. La gente tomaba **cerveza fría** en las **terrazas** y oía música. Caminé aburrida por la acera cerca del callejón. El coche aún no estaba. Llegó medio paquete de cigarrillos más tarde, alrededor de las tres y media. Aparqué más allá, en una plaza interior de un conjunto de apartamentos. El hombre salió con rapidez y miró a derecha e izquierda. Iba bien vestido y parecía guapo, aunque el aspecto era un poco **chulesco**: gafas oscuras, el pelo brillante hacia atrás, oscuro y con algunas **entradas**. Llevaba un maletín de ejecutivo, negro, de piel y con cierre de seguridad. Le seguí. Se dirigió hacia uno de los portales de la plaza y llamó a un timbre. El **portero automático** zumbó y entró en el edificio.



El hombre salió con rapidez y miró a derecha e izquierda. Iba bien vestido y parecía guapo, aunque...

cabina: teléfono público.

Tengo buena vista. El botón que apretó era el más alto de la izquierda. Llamé desde una **cabina** a la empresa y pregunté por Ricardo Fernández. Una mujer me dijo que ya no estaba en su despacho desde hacía más de una hora.

– Creía que siempre lo podía encontrar a esta hora.

– Se equivoca, señora – me dijo la voz impersonal de la mujer. – Siempre acaba su trabajo a las dos y se va.

– Muchas gracias.

Su mujer tenía razón, al menos en esto. Pero tenía que hacer algo más para justificar el adelanto recibido.

Al cabo de media hora el hombre dejó el edificio.

Demasiado pronto. Quizá se habían peleado. A lo mejor ella se asustó cuando él le dijo que su mujer los oyó por teléfono la otra noche. Caminé rápido hacia el coche y arrancó con fuerza. Me acerqué al portal. No había nombres en los timbres, sólo números. Apreté el de arriba a la izquierda. No sucedió nada. Volví a llamar. O era sorda, o creía que yo era la mujer de Ricardo y tenía miedo, o yo tenía una vista peor de lo que pensaba. Un hombre gordo, de unos cincuenta años y bigote blanco, llegó con un perro al otro extremo de una vieja correa de cuero. Estaba cansado y sudaba mucho. El perro sacaba una lengua blanquecina y jadeaba.

– ¿A dónde va usted?

– Llamo al doce, pero no hay nadie.

– Casi nunca hay nadie. ¿Conoce a la mujer?

– Bueno..., no mucho. Soy su abogada. Me citó a esta hora.

– Puede esperar dentro, si quiere – dijo, mientras abría la puerta y me dejaba pasar al vestíbulo.

Le sonreí y me senté en una de las confortables butacas que había allí. Lo mejor era llevar buena ropa para dar buena impresión. Lo peor era que esa ropa me la pagaba mi padre.

Esperé un momento. El hombre cogió el ascensor y desapareció. Los buzones también estaban numerados y bajo los números figuraban los nombres de los inquilinos, pero el número doce no tenía ningún nombre. Estaba lleno de publicidad. Hacía muchos días que nadie lo abría. Llamé al ascensor y subí al último piso. En la puerta número 12 no había tampoco ninguna placa con nombre. Llamé al timbre y esperé. Silencio. Nadie vino a abrir. Puse la oreja junto a la puerta y escuché. No se oían ni pasos, ni ningún ruido. El marido iba cada tarde a un piso vacío. Me apoyé sin querer en la puerta y ésta se abrió por mi peso. Entré. Dentro, las paredes del pasillo estaban desnudas. Llegué al comedor. También sin muebles. El piso entero parecía vacío. Las puertas del balcón estaban cerradas, sin cortinas, y la luz del sol entraba con fuerza por el cristal. Hacía mucho calor. Una de las habitaciones estaba amueblada, con señales de que alguien la habitaba: una cama funcional deshecha, un ropero desmontable, un pequeño **tocador** con los cajones abiertos, al fondo unas cajas de cartón abiertas. El suelo estaba cubierto de ropa y papeles que formaban una alfombra desordenada. Había unos muñecos de trapo sobre la cama. Estaban de moda, eran los protagonistas de una película de ciencia-ficción

tocador: mueble con cajones y espejo para el dormitorio.

de mucho éxito. No recordaba el título, pero todos los niños se los pedían a sus padres, y entre esos niños estaba, **cómo no**, mi sobrina Pilar. No encajaban en el lugar. La caja del despertador estaba abierta a la fuerza y las pilas estaban también sobre la cama.

cómo no: por supuesto, naturalmente.

En la cocina había algunos platos sucios en el fregadero, un cubo de basura casi vacío y una botella de **cava** calentándose sobre una nevera medio llena.

cava: vino espumoso realizado igual que el champán francés.

Había un olor extraño que no venía de la basura. Faltaba ventilación y yo olía a sudor, pero el olor era más rancio cuanto más me acercaba al cuarto de baño. Dentro, nuevo desorden. Toallas, pastillas de jabón y productos de belleza por el suelo. La cabina de la ducha era moderna, con translúcidas mamparas altas y curvas. Dentro se distinguía una forma oscura que se diferenciaba del color gris de la cerámica. Abrí la cabina y **se me pusieron los pelos de punta**. En el fondo de la ducha **yacía** una mujer; estaba vestida con una camiseta de punto y unos pantalones de satén, todo oscuro, y calzaba unas sandalias negras. Estaba tumbada boca abajo. El pelo rubio, con **canas**, y rizado estaba desordenado. La toqué y la noté rígida y fría como el hielo. Sus manos estaban extrañamente pálidas. Debía llevar muerta varias horas.

se me pusieron los pelos de punta: «asustarse mucho, sentir mucho miedo».

yacía: verbo irregular, yacer, «estar tumbado, tendido en el suelo».

canas: pelos blancos.

En el suelo, junto al lavabo, había algo parecido a un tejido. Lo cogí. Eran bolitas de un material blando y peludo parecido a la espuma. Lo guardé en el bolsillo, por instinto, y salí del apartamento a la carrera, **pies para qué os quiero**. Nada de adulterio, ni de caso ordinario. La cabeza me daba vueltas mientras pensaba en el problema que tenía ahora. Seguro que

pies, para qué os quiero: expresión que se usa para darse ánimos para huir, escapar de un lugar o de una situación.

los vecinos no tardaban en llamar a la policía, pero probablemente nadie sabía nada del marido de mi cliente. Estaba claro que él no la había matado; no esa tarde, desde luego.

Llegué a mi casa, me duché y me tomé un vaso de zumo de naranja. Mi hija, acabado el trabajo en la guardería, no podía tardar en llegar con los niños y yo necesitaba pensar qué hacer ahora. Saqué mi bolso y la cartera de piel de su interior. Era de la mujer muerta y la había cogido antes de irme a toda prisa de aquella trampa.

La examiné. Estaba vacía: un poco de dinero, ninguna documentación y una tarjeta de crédito a nombre de Carla Wagner. Detrás de uno de los departamentos toqué un rectángulo rígido y flexible. Había una foto con la cara de un hombre. No era Ricardo Fernández. Detrás, una dedicatoria. Para C. de S. También había una tarjeta comercial: Comercial Salgado. Exportación - Importación. Era una empresa de **Vía Laietana**, cerca del antiguo puerto.

Vía Laietana: conocida calle de Barcelona que pasa muy cerca de la Catedral y que llega hasta el mar.

El teléfono sonó y volví a sobresaltarme. Era Marga Ramos, con su voz aún más asustada que de costumbre.

Mi teléfono particular también estaba en las **Páginas Amarillas**. Otra idea genial de mi marido.

Páginas Amarillas: listín de teléfonos en el que no figuran datos de particulares, sino de comercios, profesionales, empresas, etc., ordenados por los servicios que prestan.

– Necesito que me ayude. Mi marido...
 – Sí, ya sé –dije, con voz fatigada–. Está asustado y no sabe qué hacer. Pero yo no puedo...
 – No, se equivoca –la mujer empezó a llorar–. Ricardo... ha desaparecido.